

III.

Otros errores del famoso brindis.

No son tan solo las dos opiniones señaladas por S. S. el Delegado Especial, las únicas que no se avienen con los conceptos de los apuntes del brindis. Vamos á señalar otros dos puntos de disentimiento. Dijo el señor Delegado en su brindis que la poderosa influencia de los Estados Unidos *había puesto pronto término* al asunto—la intervención armada de la Francia—en favor nuestro. Nosotros creemos que la poderosa influencia americana preparó la evacuación, determinándola en principio; pero creemos también que *no puso término y mucho menos pronto* á la intervención armada de la Francia en nuestros asuntos.

La influencia americana se ejerció por medio de una acción diplomática. Por tanto, es en las notas de Mr. Seward donde puede apreciarse con exactitud el verdadero alcance de la citada influencia. Ya las hemos dado á conocer en sus puntos substanciales ó indicado donde pueden verse *in integrum*. El señor Delegado Especial para dar una idea de la poderosa influencia ejercida á favor nuestro por los Estados Unidos, menciona una *proposición concurrente*, la mi-

sión secreta del General Schofield y el envío de cien mil hombres al Distrito de Río Grande, en Tejas, por el General Grant con el fin de que estuvieran prontos á pasar el río; pero se deja en el tintero la acción diplomática de Mr. Seward que es, lo repetimos, la que ejerció influencia positiva en nuestros asuntos.

El Nacional, al presentarse como campeón de la carta, dice que de la proposición concurrente á un *casus belli* no hay más que un solo paso.¹ Si la proposición hubiese sido aprobada; si llegado ese caso, el Presidente no hubiera hecho uso del veto; ó si las Cámaras hubieran pasado sobre de él, es claro que tendría razón *El Nacional*; pero fíjese S. S. el Director de dicho diario, que el Sr. Mariscal habla de una proposición *presentada, no aprobada*, la cual ya hemos dicho—cuando reseñamos las muestras de simpatía que nos dieron las Cámaras americanas—que quedó durmiendo en el seno de la Comisión de Relaciones, lo que la priva de toda importancia positiva, *máxime* si se atiende á que Mr. Seward había asegurado oficialmente al Gobierno francés con motivo de una proposición semejante, que: «en ningún caso sería sancionada por el Ejecutivo.»

Los otros dos hechos mencionados por el Sr. Delegado Especial, es decir, la misión secreta del General Schofield y la concentración de cien mil hombres sobre la línea fronteriza parecen escogidos para rebatir indirectamente nuestras aserciones, ya que no los habíamos mencionado, lo que podía dar lugar á que se creyera que intencionalmente los habíamos omitido.

El Nacional, dando á las palabras de la carta una extensión que no tienen, dice que el General Schofield desempeñó su comisión *notificando* á Napoleón III que, si no retiraba sus tropas de Méjico, no podría contenerse al pueblo

¹ La premura con que se escribe para la prensa es suficiente disculpa para el error de *El Nacional*.

americano, y se llegaría á la guerra; y respecto de los cien mil hombres, agrega de su cosecha, que fueron enviados para *ayudar á Juárez* y que algo ha leído sobre esto en las «Revistas» de mi padre; pero que, como dice la carta, Mr. Seward evitó este paso decisivo *por temor* á un conflicto con la Francia.¹

Como esos dos hechos no tienen más significación que el deseo del General Grant, contrariado por Mr. Seward, de ir abiertamente á la guerra con Francia, los trataremos conjuntamente, empezando por el envío de los cien mil hombres que fué lo que motivó la misión Schofield.

El General Grant, que había manifestado en su parte de la toma de Richmond que el ejército americano no consideraría terminada su misión hasta que hubiese arrojado de Méjico á los franceses, ordenó la concentración en Tejas de cerca de cien mil hombres con el objeto de reprimir todo conato de rebelión y á la vez con la intención de licenciar en nuestra frontera á 20,000 hombres que debían alistarse bajo nuestras banderas y serían mandados por el General Schofield, quien á su vez, quedaría á sueldo de nuestra república. Estos soldados licenciados, entrarían á nuestro país al amparo de la ley de inmigración y se engancharían como voluntarios. Los suizos, bajo los Reyes del antiguo régimen; los españoles, italianos, alemanes y polacos bajo Napoleón el Grande; la legión extranjera bajo el último emperador francés; Garibaldi y su legión bajo el Gobierno de la Defensa; así como los alemanes y holandeses que hoy combaten por la independencia del Transvaal, demuestran el buen derecho con que el Gobierno Nacional podía admitir

¹ Nos estraña que *El Nacional* usando el dialecto convencional intervencionista diga que el auxilio era á Juárez y no á la causa nacional. Mi padre, en sus *Revistas* dice que la reunión de cerca de cien mil hombres en Tejas daba lugar á *sospechar* que el Gobierno americano tenía intención de hacer la guerra á Francia. Los hechos posteriores desvanecieron esa sospecha.

el enganche bajo nuestra bandera, de voluntarios americanos. El servicio que prestaba el General Grant consistía en traer á esos hombres hasta la frontera, procurando de esta manera á nuestro Gobierno una economía de tiempo y dinero.

Como las leyes de los Estados Unidos prohíben terminantemente que los ciudadanos americanos pasen á servir á una nación extranjera, era indispensable que el Presidente de la Unión los autorizase para ello. Con este motivo hubo una junta de gabinete á la que asistió el Gral. Grant, y en la que el Presidente se mostró favorable á las ideas del General. Mr. Seward, para no chocar abiertamente con el Presidente, se valió de un subterfugio ofreciendo al Gral. Schofield una misión en París, que le facilitaría apreciar mejor la situación.

Habiendo consultado Schofield el caso con D. Matías Romero, este último le contestó que sospechaba que la tal misión fuese un ardid de Mr. Seward para alejarlo de los Estados Unidos y hacerle perder la oportunidad presentada por el Gral. Grant. A pesar de esas insinuaciones, el Gral. Schofield aceptó la misión; y poco después el Gobierno americano hizo retirar de la frontera al ejército allí reunido, *por temor*—según confiesa el Sr. Mariscal—de un conflicto con Francia.

«La misión Schofield es uno de los episodios más divertidos de la política de Mr. Seward. Este, cuyos talentos diplomáticos no han sido puestos en duda, confió una misión secreta al susodicho General, para *averiguar cuáles eran las intenciones de Napoleón*. El General Schofield no se dió cuenta de que, si Seward realmente quería «sorprender» las intenciones napoleónicas, y desconfiaba de las aptitudes para averiguarlas del Plenipotenciario americano y de sus agentes secretos, se habría valido de una persona en apariencia extraña al Gobierno, que pudiera acercarse á Napoleón sin infundir sospechas, y no á un Mayor General del ejército americano enviado ostensiblemente en misión secreta.

No sabemos en qué términos rendiría su informe el General Schofield; pero sí sabemos que el 8 de Diciembre de 65, en una carta—de la que nuestro Ministro en Washington hizo referencia á la Secretaría de Relaciones—decía: «ó Napoleón quiere engañar á todo el mundo, ó piensa realmente en retirar sus tropas.» Si el informe fue dado en esa forma disyuntiva, no ha de haber tenido el General Schofield dificultad ninguna para el cumplimiento de su misión.

El 23 de Enero de 66, en su discurso al Cuerpo Legislativo, anunciaba Napoleón III, de un modo vago, la retirada de sus tropas; y cualquier hijo de vecino supo—con igual certeza que el Enviado Especial americano—que Napoleón quería engañar á todo el mundo, ó pensaba realmente en retirar sus tropas. El secreto de la Misión Secreta consistió en que el General Schofield no supo que tal misión era un bonito juguete, con el cual entretenía sus disposiciones guerreras el hábil Ministro americano. El General Schofield era un valiente soldado é hizo mal en aceptar un encargo ajeno á sus facultades. Nosotros criticamos sus aptitudes diplomáticas, no sus aptitudes guerreras, que soy el primero en reconocer.»

Vamos á comprobar la exactitud de la narración anterior:

NÚMERO 335.—«MINISTERIO DE RELACIONES Y GOBERNACIÓN:

Departamento de Relaciones.—Sección de América.

Chihuahua, Julio 25 de 1866.

«Regreso del General Schofield á los Estados Unidos.»

«... Por todo lo que ha comunicado usted anteriormente acerca del mismo General, ha visto el Gobierno: que cuando él se manifestó dispuesto para venir en ciertos casos á prestar sus servicios á la República, «ocurrió á ese Gobierno la idea de enviarlo á París con un encargo confiden-

cial:» que ni usted ni el Gobierno de la República, han tenido algún conocimiento que pudiera estimarse un poco exacto, de los términos de aquel encargo; que tampoco usted ni el Gobierno han sabido lo que en su desempeño estuviera él haciendo en París, pues no sabe el Gobierno que él dirigiese á usted desde allá más que «una carta» á poco de haber llegado, con una sencilla indicación de que presentaban buen aspecto los asuntos de México: que desde el principio hubo algunos indicios para presumir que el objeto primario del encargo confidencial que se le dió, fué evitar que tomase parte en ciertos auxilios que pudieran venir á México, dándole dicho encargo, que puede presumirse reducido á una comisión informativa para el Gobierno de los Estados Unidos y para su Ministro en París, y que ya usted cuidó de que se le diese una cantidad cuando emprendió el viaje que ahora ha terminado.

«Respecto de los servicios que antes estaba dispuesto á venir á prestar á la República, según he dicho á usted con otro motivo en alguna otra vez, no considera el Gobierno que estamos por ahora en el caso de procurar esa clase de servicios.

«En cuanto á los que pueda prestar, ó la influencia que pueda ejercer en otros asuntos, de un modo favorable para la causa de la República, usted podrá apreciar lo que fuese oportuno según las circunstancias. Sobre esto, ve el Gobierno que usted acertadamente, sólo se proponía procurar lo que pudiera ser benéfico sin gravamen de la República.

«El C. Presidente tiene la debida confianza en el ilustrado celo de usted, para estar seguro de que, en lo que no sea necesario, «EVITARÁ USTED SIEMPRE TODO COMPROMISO INCONVENIENTE.»

«Protesto á usted mi muy atenta consideración.

Lerdo de Tejada.»

Número 330.—«LEGACIÓN MEXICANA EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.

«Washington Julio 24 de 1867.»

Otra conversación con Mr. Seward.—Sus ideas y consejos.

«..... Me dijo que *no creía* que los Estados Unidos vieran *simpatía desinteresada por México*, que todos ó la mayor parte de los que hablaban de ayudarnos, tenían miras ulteriores de *provecho personal*; que siempre había creído que *no debíamos hacernos deudores del Gobierno de los Estados Unidos*; que se opuso á la anexión de Texas y á la guerra de 1846 y 1847 por considerarla *injusta é inconveniente*..... que terminada aquí la guerra civil, *el General Grant trató con el mayor empeño de enviar fuerzas á México*, y por espacio de un año estuvo insistiendo en llevar á cabo este plan; que Mr. Seward tuvo que trabajar de una *manera heroica* para disuadir al Presidente de mandar fuerzas; que *estaba seguro* de que, si algunas hubieran ido, *no habrían vuelto*. Si ahora no es posible, me dijo, quitar al General Sheridan de la Luisiana, cuánto más difícil no nos sería hacerlo volver de México.»

IV.

Egoísmo y lentitud.

Ya que hemos probado que ni la presentación de la proposición concurrente, ni los cien mil hombres concentrados en Tejas y retirados de allí por orden del Gobierno americano, ni la misión del Gral. Schofield pueden ser considerados como auxilios á nuestra causa nacional, vamos á demostrar, por medio de las notas mismas de Mr. Seward, que la acción diplomática americana no puso término, y mucho menos pronto, á la intervención armada de la Francia.

Aunque ya reseñamos en nuestra «Rectificación» anterior las diferentes notas cambiadas entre la cancillería francesa y la americana, vamos á repetir someramente lo esencial de su contenido. En Octubre 18 de 1865 M. Drouyn de Lhuys indicó que el reconocimiento del Imperio Mexicano por los Estados Unidos *facilitaría* la retirada del Cuerpo expedicionario francés; en Diciembre 6 del mismo año contestó Mr. Seward sencillamente que era *inaceptable* dicha condición. En 9 de Enero de 66 M. Drouyn de Lhuys, batiéndose en retirada y sin darse por entendido de la manera desdeñosa con que había sido rechazada su anterior proposición, expuso que el Gobierno francés se conforma-

ría, para llamar á las tropas expedicionarias, con que los Estados Unidos *declarasen explícitamente que permanecerían neutrales*. En 12 de Febrero, Mr. Seward hizo saber á M. de Montholon, que la Francia *no tenía derecho á dudar* de que los Estados Unidos *faltasen á su política tradicional de no intervención.* En 6 de Abril, M. Drouyn de Lhuys anunció que el Emperador había decidido la evacuación de Méjico, la cual se realizaría por destacamentos y en tres plazos: en Noviembre de 66, en Marzo de 67 y en Noviembre de dicho año. Por último, en Noviembre de 66, y por haber faltado Napoleón á su compromiso, Mr. Seward en un despacho que hemos calificado de altanero, porque decía que no habiendo sido consultado el Presidente *como debía haberlo sido* sobre las nuevas combinaciones relativas al llamamiento de las tropas, se esperaba del Gobierno francés *la ejecución literal del acuerdo tenido con él*. Napoleón contestó á este último despacho diciendo que por razones de un interés puramente militar todas las tropas serían retiradas en la Primavera de 67.

La brevísima relación que acabamos de hacer demuestra en primer lugar, que la negociación diplomática fué seguida en términos naturales, sin festinación, consistiendo en sucesivos ofrecimientos franceses, rechazados por el Gobierno de la Unión, hasta que se llegó al de la retirada incondicional del Cuerpo expedicionario en los plazos fijados por el Emperador y aceptados por los Estados Unidos: en segundo lugar, que hubo tan sólo una convención tácita, no un tratado en regla: en tercer lugar, que el ofrecimiento de Napoleón, tal como fué aceptado, no señalaba las fuerzas que debían formar los tres destacamentos y que, en consecuencia podía, *sin faltar á su compromiso*, reembarcar cien hombres en Noviembre de 65, cien en Marzo de 67 y *mantener en realidad la ocupación de Méjico, hasta Noviembre de 67*: y en cuarto y último lugar, que á pesar de haber faltado Napoleón á su compromiso no retirando un solo hombre

en Noviembre de 66, Mr. Seward, en su altanero é imperioso despacho, reclamó tan sólo el cumplimiento de lo ofrecido y que si Napoleón ofreció retirar sus tropas todas en la Primavera de 67 no fué porque los Estados Unidos se lo exigieran sino por razones de un *interés francés puramente militar*. ¿Cuáles eran esas razones? M. Niox—preocupado por el estudio de la Expedición francesa en Méjico cuya historia escribía—las hace consistir en el temor de que: «una evacuación sucesiva podría comprometer la seguridad de los últimos destacamentos dejados en Méjico.» Este temor era infundado pues el reembarque de un regimiento en Noviembre y de un escuadrón en Marzo no debilitaría de una manera peligrosa al ejército francés. El plan de evacuación propuesto por el Mariscal Ministro de la Guerra al Mariscal Comandante en jefe del Cuerpo expedicionario, consistente en que los tres destacamentos fuesen de diez mil hombres aproximadamente, sí comprometía la seguridad del ejército francés amagada por el efectivo ya creciente de nuestras tropas y por la importancia de nuestros triunfos; y á este respecto tomamos nota de la preciosa confesión de M. Niox, agregado, como se sabe, al Estado Mayor del Mariscal Bazaine. La circunstancia de que sólo fuera el 81 de línea el que iba á ser embarcado en 66, nos autoriza á decir que el Cuartel General francés no creyó compatible con la seguridad del Cuerpo expedicionario la retirada sucesiva del ejército en tres destacamentos compuestos de la tercera parte de su efectivo total. A nuestro juicio, y llevando nuestra observación á un campo mucho más extenso que el restringido en que se colocó M. Niox, las razones militares que obligaron á Napoleón no sólo á retirar su ejército en conjunto, sino á retirarlo en Marzo de 67 y no en Noviembre del mismo año—que era lo que exigían los Estados Unidos—las hacemos consistir en que el empleo en Méjico de treinta mil hombres de lo más granado del ejército, sin contar la legión extranjera, comprometía la

seguridad de la Francia amenazada por las sorprendentes victorias del ejército prusiano. Ya lo hemos dicho, y ahora lo repetimos, fué el cañón de Sadowa, no la arrogante diplomacia americana, el que puso término á la intervención armada de la Francia.

De pasada haremos notar que en estas negociaciones para nada se hizo mención de la «Legión Extranjera,» la cual debía pasar al servicio de Maximiliano al retirarse los franceses; y que, si Napoleón ordenó cablegráficamente al Gral. Castelnau el reembarque de la «Legión,» fué probablemente por las mismas razones militares que apresuraron la retirada de sus tropas.

Si la evacuación hubiera tenido lugar en los términos convenidos por las cancillerías francesa y americana, retirándose el último destacamento en Noviembre de 67, podría decirse que la diplomacia de los Estados Unidos había puesto término—como causa determinante, no eficiente—á la intervención del ejército francés en nuestros asuntos; pero aun bajo ese supuesto y sin contar el medio año empleado en las negociaciones, el plazo de diez y ocho meses concedido por la Unión americana al Emperador de los franceses, si parece tan corto al señor Delegado Especial que le permite usar el calificativo de *pronto*, al término consentido por Mr. Seward; en cambio pareció muy largo al Gobierno Mejicano. Y á la Nación que sufría todas las consecuencias destructoras y *desolantes*—como dice el señor Delegado—de una amarga lucha, debe haberle parecido dilatado ¡muy dilatado! espantosamente dilatado!

1. A este respecto dice mi padre en su *Revista* de Julio de 66—«..... Nos inclinamos á creer que, el Gabinete de Washington, estimaría *muy largo* el plazo de diez y ocho meses, fijado para la salida del Cuerpo expedicionario.»

V.

Nuevos errores del Delegado Especial.

Dijimos al comenzar que habíamos encontrado en la carta del señor Delegado nuevos errores, y vamos á señalar los principales: La guerra contra el Imperio fué una lucha por las instituciones, no por la independencia, dice la carta. Nosotros estamos seguros de que detenida y meditada no sostendrá esa proposición el Sr. Mariscal puesto que explícitamente reconoce en el mismo párrafo de su carta: que el Imperio era la obra de la intervención. La retirada del Cuerpo expedicionario no era el agua lustral que borrara el pecado de origen. La intervención armada de la Francia y el Imperio sin el apoyo de las bayonetas francesas, forman dos períodos distintos de un solo atentado á nuestra independencia. Ese atentado no consistió en la simple invasión de nuestro suelo, sino en el objeto de la invasión; es decir, en atropellar la soberanía de la nación imponiéndole un gobernante por medio de la fuerza. Efectuada la evacuación, terminaba la lucha contra el ejército francés, pero continuaba contra su obra; y en tanto que ésta subsistiera, subsistía también el atentado contra nuestra independencia. ¿Qué, piensa S. S., el Sr. D. Ignacio Mariscal, que si Napoleón I hubiese retirado sus

tropas de España después de haber instalado á su hermano José en el Palacio Real de Madrid, habrían tenido los españoles que reconocer su autoridad, puesto que no podían luchar por su independencia, recobrada—según la teoría de la carta del señor Delegado—con la simple retirada de las tropas francesas; ni por sus instituciones, ya que bajo Fernando como bajo José eran monárquicas, católicas y hereditarias? ¿Cree S. S., el antiguo Secretario de nuestra Legación en Washington, que, si la Asamblea de Notables en vez de adoptar la forma monárquica y designar para el Archiduque Maximiliano el título de Emperador, hubiese conservado la forma republicana y designado para el Archiduque el título de Presidente *ad vitam*, habríamos tenido que reconocer su autoridad al retirarse los franceses, puesto que no había motivo ni para una lucha por la independencia—siempre, según su carta—ni para una lucha por las instituciones? ¿Juzga S. S., el actual Ministro de Relaciones Exteriores que, si el Mariscal Bazaíne—lograda la abdicación de Maximiliano y cumpliendo al pie de la letra las instrucciones de Napoleón—hubiese restablecido la República Federal y colocado en la Presidencia al Jefe militar que consintiera en reconocer como buenos los empréstitos imperiales y el adeudo de los gastos de la expedición, juzga, repetimos, que en ese caso habríamos luchado por la personalidad de Juárez—como parece indicar *El Nacional*—y no por nuestra independencia? ¡De ninguna manera! el Imperio fué el atentado á nuestra independencia, la intervención armada de la Francia, el medio de ejecutarlo!

Réstanos considerar el otro error de la carta: Napoleón tomó por pretexto para retirar sus tropas, lo que él llamaba su consideración al pueblo americano; pues no era posible que se confesase vencido ó imposibilitado por las hordas de Juárez, como las llamaba—dice justamente la carta—«torpe y maliciosamente.»¹ No comprendemos cómo ha sufrido esta equivocación el

señor Delegado Especial. El pasaje referente á Méjico del discurso al Cuerpo Legislativo pronunciado por Napoleón el 22 de Enero de 66, decía textualmente: «En Méjico el Gobierno fundado por la voluntad del pueblo se consolida, los disidentes vencidos y dispersados carecen de jefes; las tropas nacionales han demostrado su valor y el país ha encontrado garantías de orden y seguridad que han desarrollado sus recursos y llevado su comercio con la Francia de 21 á 27 millones. Conforme á la esperanza expresada por mí el año, pasado, nuestra expedición toca á su término. *Estoy en arreglos con el Emperador Maximiliano* para fijar la época del llamamiento de nuestras tropas, á fin de que su vuelta se efectúe *sin comprometer los intereses franceses* que habíamos ido á defender en aquel lejano país.» Comentando este párrafo M. Delord, agrega: «La vuelta del Cuerpo expedicionario era la *única verdad* contenida en este párrafo del discurso imperial.»¹

Hemos subrayado los diversos pretextos tomados por Napoleón para justificar en apariencia la retirada de sus tropas; no hay entre ellos ninguno que se refiera á su *consideración hacia el pueblo americano*. Además, Napoleón *no se confesaba vencido ni imposibilitado por las hordas de Juárez* sino que aseguraba falsamente que la obra de la intervención estaba consolidada.

Después del pasaje relativo á Méjico había, en el discurso imperial, otro referente á la Unión americana: «La emoción producida en los Estados Unidos por la presencia de nuestras tropas en territorio mexicano, se apacigua ante la franqueza de nuestras declaraciones.»

«El pueblo americano comprenderá que nuestra expedición, á la cual lo habíamos convidado, no era opuesta á sus intereses.»²

1 «Histoire du Second Empire,» tomo 4º pág. 504.

2 S. Niox, pág. 551.

Los párrafos anteriores eran una promesa de que no habría guerra con los Estados Unidos, hecha á la Francia alarmada por el giro de los acontecimientos; pero no un pretexto para la llamada de las tropas.

La absurda noción de la independencia de un pueblo contenida en la carta del señor Delegado Especial es de suma gravedad en un Secretario de Relaciones; y ella explica, por sí sola, muchas de las indebidas complacencias tenidas en la época actual hacia nuestra poderosa vecina del Norte.

VI.

La profecía de Barney cumplida por D. Ignacio Mariscal.

En 1867, D. Matías Romero nuestro Ministro en Washington, transmitía al Ministerio de Relaciones Exteriores copia de una carta confidencial de Mr. Barney, en la que se decía: «.....En su carta—la de Romero que contestaba—dice V. *con mucha razón* que el pueblo mexicano ha salido victorioso *sin auxilio extranjero*. Muchísimas de las personas de más valía de los Estados Unidos, reconocen *avergonzadas* la verdad de esto. Me ha causado gran placer ver que V. conoce en el pueblo de este país sus sinceras simpatías por los republicanos de México.»—Algunos editores interesados en la política del Secretario de Estado, *hablan de la ayuda dada por nuestro Gobierno á la causa de México* y de nuestra responsabilidad ante el mundo de su buen nombre y conducta. Esto es *vergonzoso en vista de los hechos*. Dentro de poco *se pretenderá* sin duda, que *nuestra diplomacia salvó la República de México*. Alguien quisiera poder decir á los diplomáticos europeos y déspotas, que *nuestra influencia salvó la vida á Maximiliano*.»

Ah! quién había de decir, cuando el Sr. Romero transcribía esos párrafos, que treinta y dos años más tarde, sería el mismo Secretario de su Legación quien, á nombre del gobernante de Méjico, en ocasión solemnísimá y en tierra americana, atribuyese á la diplomacia de los Estados Unidos la salvación de nuestra República!